

CARTA—REPLICA

Para el señor doctor
José Tomás Escallón.

Ya que usted muy bondadosamente se ha ocupado, y muy bien, en estudiar, alguna disertación filosófica que publiqué en CVLTVRA, acoja también esta carta mía que le lleva la expresión de mi sincero agradecimiento, como también a la instructiva *Revista del Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario*, que acogió su estudio.

Mejor que yo sabrá usted lo que nos guía a estas cuestiones trascendentales: la inquietud del espíritu ante los problemas de su existencia y de su fin. En el follaje más espeso de los árboles labran las aves el escondite en que reposan y cuidan de su especie. También así el hombre labra instintivamente en el misterio universal una idea en qué reposarse. Yo he creído hallarla en un desenvolvimiento de la energía, de la cual, como constitutivos de todas las cosas, el espíritu aprehende lo que puede según su naturaleza y combina mediante las leyes de asociación mental. Que ella resulte semejante a otras es consecuencia ineludible, porque algo de común tienen las facultades intelectuales que al aplicarse a un mismo objeto obtiene resultados semejantes. Mas en alguna parte he criticado a Bergson, publicación que tengo el gusto de remitirle, y creo que al basar mi disertación en conocimientos científicos de estos últimos años, diferencio el fundamento de mis ideas del panteísmo de Spinoza.

La teoría, y por eso puede llamarse así, tiene algún

fundamento científico, y una combinación imaginada, lo que me la hizo llamar nueva, parte de la idea de que la energía es el constitutivo esencial de las cosas, a las cuales puede dar nacimiento en tan variadas maneras por las modificaciones que sufre al degradarse y sistematizarse. Considerada la energía como la sustancia misma, hay que definirla por su existencia: ¿cómo darle un atributo *definitivo* que no fuese el de su acción? Es lo que actúa, que en otras palabras se traduce: es lo que es. Ahora bien, si hay modalidades de energía diferenciales, estas diferencias es preciso que se produzcan en ella y por ella misma pues de lo contrario habría que establecer dualidad o pluralidad de energías, y la ciencia contemporánea tiende a la unidad. Estas modalidades para ser diferenciables entrañan una modificación de la energía, y esta modificación puede efectuarse en degradaciones sucesivas, desde un origen incógnito hasta un límite también desconocido.

Aquí entra mi imaginación razonada para concebir una energía madre que degradándose da origen a los seres. Usted sabe que una energía mayor domina a los que están a su alcance y con ellos constituye un sistema, como el aire en los ciclones se lleva consigo lo que toca. ¿Cuánto dura el sistema? Lo que dura la energía en degradarse o en ser absorbida por otras de mayor potencial. Me parece que es lo que ocurre en el universo, desde los sistemas cósmicos hasta el ser organizado. ¿Cómo se degrada la energía? Yo supongo, repito, que la energía inicial tiene un potencial dado y que para obrar, esto ya es científico, debe tender a un potencial inferior: obra por su esencia misma, energía, y se degrada hacia menores potenciales para poder obrar según la necesidad de su ser. Y se diferencia así: tomando una cantidad dada de energía, una porción de ésta se degrada dejando un núcleo inmodificado que domina y sistematiza a la porción degradada y que a su vez lentamente va degradándose hasta

equilibrarse con ellas y disolverse el sistema, no sin una lucha de absorción de otras energías, como es el caso de la semilla que sostiene por una fuerza vital la armonía del grano y va desarrollándose por asimilaciones sucesivas hasta que cumple su ciclo en la planta adulta y desaparece; como es también el caso de los sistemas planetarios que desarrollan la energía de que vienen dotados dominando los cuerpos en el radio de su acción hasta que debilitados son absorbidos por otro sistema de mayor atracción. Esa porción supuesta que domina en un pequeño circuito está a su vez subordinada a otra más potente, y ésta a otra hasta constituir la armonía universal. Pero de esta concepción surge la idea de un equilibrio universal por sucesivas degradaciones. A lo cual contesto que ese estancamiento no será posible porque en el límite imaginado como inferior de la energía actual, pongamos el caso, puede comenzar otro ciclo de degradaciones o bien, tomando un dato de la biología, haber un retorno no al potencial primitivo por conjunción, como ocurre en el germen vivo rejuvenecido por la cópula de los núcleos celulares.

Como usted ve esto ya nada tiene de esponocismo. El pobre y genial Spinoza fue un infortunado sobre quien pesaba el triple exilio de su raza, de la patria adoptiva de sus padres y de su misma religión. Judío desechado de las sinagogas, el infortunado Baruch se acogió a las elucubraciones verdaderamente geniales de su mente para abrigar su dolor. Es el caso psíquico de tantos jefes de escuela y reformadores, como Zenón de Chipre, el arruinado que se hace estoico, como Gotama el Buda Sakya que busca en el renunciamiento lenitivo para los dolores íntimos del pensar y del sentir. Por eso buscó aquél una "scientia intuitiva" que le condujese a un conocimiento de Dios en qué poder absorber, ahogar diría mejor, toda pasión y toda voluntad. Pero hijo de su época partió de

definiciones abstractas de las cuales fue derivando todo su sistema. Aquella definición «Per substantiam intelligo in quod en se est et per se concipitur» fue su concepto de la Divinidad y por ende tuvo que hacer de las cosas modos de esa divinidad, partícipes de ella, dotada desde luego de extensión y de pensamiento como una infinidad de infinitos atributos.

De este análisis conceptual a la construcción que yo he llamado nueva partiendo de datos científicos más y más acordados y simplificados hasta llegar a una definición metafísica, hay, me lo parece al menos, una diferencia fundamental.

Mas debo decir que al hacer yo estas elucubraciones exóticas no me guió propiamente un apostolado—superior a mis capacidades de sacrificio—ni siquiera un empeño docente, que entonces hubiera entrado en pormenores de método, sino aquel prurito humano de exteriorizar la idea adquirida en la contemplación de los problemas trascendentales. Prurito que no puedo menos de entender peligroso para el bienestar propio en nuestro medio ambiente y que quisiera refrenar como medida urgente de previsión (1).

Sobre si el individuo halla su tranquilidad en el ideal

(1) Si usted lee la revista *Horizontes* de Bucaramanga, hágame el favor de compadecerme por el artículo titulado "Cvltvra" del número 52 de dicha publicación, que firma el R. P. Miguel Arteaga, S. J.

Después de haber sido disciplinado en la escuela de Santo Tomás de Aquino y de San Ignacio de Loyola, por uno de los más ilustrados escoliastas que tiene hoy el profesorado filosófico en Colombia, y después de haber hecho esfuerzos superiores a mis recursos para disertar en contra del evolucionismo, entendido como una etapa del espíritu en labor de siglos, he estado a punto de abrazar el excepcionalismo pirroniano porque me resulta según *Horizontes*, que Bergson y Eucken son positivistas; que Anaximandro ("600 años antes de J. C.") inició el evolucionismo spenceriano; que Spencer escribió en francés; que yo soy discípulo suyo aunque no quiera; y que no he dicho lo que dije. Más aún, y para colmo de pesares, que yo soy el inexacto, el superficial y peligroso. Al leer aquello no pude menos de exclamar: Dios mío, fuera de mis pecados, ¿porqué he causado yo estos dichos y malas palabras? Y como una compensación de mi plegaria recordé la mística cristiana e imitando a San Francisco de Asís, dije interiormente:

religioso yo le diré que el hombre religioso disfruta de bellas esperanzas que dan a su espíritu la satisfacción de aspiraciones ideales, y que es feliz en el pleno significado de la idea—una verdadera ecuación entre la mente que investiga y el corazón que anhela.—Esta ecuación feliz se realiza mejor en el comienzo de las religiones, como es el caso de los dos primeros siglos de la era cristiana y se ha manifestado en diversas ocasiones de la historia, siglos antes de Jesucristo y siglos después, en grandes porciones humanas distanciadas de la fe de nuestro sublime Maestro. La religión tiene varios aspectos: como idea nos da fundamentos filosóficos acordes con la mentalidad del creyente; como sentimiento satisface a una derivación del amor, raíz de las elaciones místicas, de un bello y vagaroso idealismo; como norma de conducta es un estatuto que fija las adquisiciones de la moral en sus respectivas etapas; y como belleza nada hay equiparable a las demostraciones rituales de gratitud que el espíritu del hombre tributa a la Divinidad. El homenaje del fuego simbólico que arde en altares enguirnaldados con flores de sedaña pulcritud, si bien es humano, semeja en remotas perspectivas mentales uno como reconocimiento de la naturaleza misma ante Agni el dios genérico de la raza aria y quizá de todos los pueblos. Satisface, pues, como usted piensa, no sólo a la sociedad y a la familia, sino al individuo.

Mas he aquí que en el seno mismo de las religiones se levantan nuevas corrientes de inquietud espiritual, conmociones del alma humana que honradamente vacila ante el rudo golpe de ideas insatisfechas y torturantes. Es el pensamiento humano que no se detiene y quiere eternamente reevaluar el pasado para seguir su ruta de explorador de los misterios circundantes. Es la inquietud mística

hermano distante, yo te bendigo por la ingenuidad de tus decires y la notoria incomprensión de tu mente, superior a la de Anaximandro. ("600 años antes de J. C.")

del Hijo de María y del hijo de Maya, la inquietud filosófica de Kant y la inquietud moral de Sócrates. Es la inquietud idealista de este siglo que hizo exclamar a su maestro Bourget: «La sincérité implacable de la pensée est parfois aussi une espèce de martyre»

Poderosas razones tiene la timidez cuando no lanza afirmaciones categóricas. Hay tan serios enigmas psicológicos que no puede uno menos de preguntarse con Spencer si existe un sentido especial para lo trascendente. El espíritu humano es un laberinto para el cual no hemos hallado todavía el hilo de Ariacna. Usted en la vigilia aprecia con graves errores el tiempo mientras que dormido puede calcularlo con precisión casi matemática; hay un daltonismo de los colores, hay otro de los sonidos y parece que cada órgano sensorial tiene daltónicos. ¿La inteligencia no tendrá también el suyo, según el supuesto spenceriano? ¿Y no hay también un daltonismo voluntario, como graciosamente anota France en su anécdota de la vitrina hasta dónde llegaban los conocimientos del sabio conservador de un museo?

Al menos esto añade un motivo más a la tolerancia, fuéramos de estos tres que la engendraron en la historia: El antiguo concepto pirroniano de que nada podemos conocer realmente; el renaniano de que hay muchas explicaciones que pueden ser verdaderas; el de autoridad, que es el del sentido común, de que hay muchos grados de comprensión individual, y que el Padre Astete enuncia en su catecismo: «Doctores tiene la Santa Madre Iglesia...»

Si usted tuvo la fortuna de no estudiar psicología en los textos de nuestra segunda enseñanza puede saber que la energía nerviosa cede día por día más y más secretos. La neurología llegó ya a la observación de lo metamicroscópico. La célula nerviosa ha dejado ver en parte el amebismo de las dendritas de asociación, que permite construir teorías de la educación y del desarrollo psíquico; ha

enseñado el probable funcionamiento de los nervi-nervorum como mecanismo de la voluntad; ya se duplica el número de nuestros sentidos: en un centímetro cuadrado de piel le cuentan a uno el número de puntos sensibles al dolor, al tacto, a la temperatura, a la electricidad, y pueden aun independizar estas sensaciones, como es el caso de la cocaína para el tacto, de la saponina para el dolor; en la lengua anotan regiones gustativas diferentes para cada sabor; y le miden a uno el tiempo de percepción y de reacción voluntaria con aparatos de una delicadeza tal como el cronoscopio de Kipp, de milésimas de segundo; le diferencian las células receptoras de los colores y de la luz conjunta; le calculan la capacidad de la memoria en cada una de sus variedades, y la potencia del juicio y el tiempo que gasta una sensación en ir desde la periferia hasta el cerebro. Y con todo esto ya prodigiosamente pormenorizado y discriminado, el alma tiene aún sus polos de rotación sin descubrir y regiones inmensas en penumbras misteriosas. ¿No hemos, pues, de vacilar ante la afirmación categórica?

En cuanto a Bourget creo humildemente que él ha hallado en el Cristianismo cómo calmar la sed de ideal que hoy agita a los pensadores de todo el mundo, y que es hermano de Bergson, de Eucken y de tantos otros que por tan diversos caminos, el mismo Spencer ya tuvo esta inquietud, ansían una elevación del espíritu. Conservan del siglo XIX la disciplina racionalista y con ella de la mano, como una antorcha, buscan las fuentes de la verdad definitiva, como usted y como yo. El dombo azul del misterio a todos nos cobija y el espíritu humano, luciérnaga del universo, va y viene buscando el origen de la luz.

La tiene usted? Feliz hermano...

Lo saluda amistosamente.

LUIS LOPEZ DE MESA